OLIVIA NESS
ROMÁNTICA

NOVIEMBRE 2022
VOL.4

EL BAILE QUE CAMBIÓ LAS NORMAS DE LA SOCIEDAD
MARIAN VILADRICH

LORETA VELÁZQUEZ, UNA MUJER VALIENTE
ELENA GARQUIN

RELEVANCIA SOCIAL DE LAS MANSIONES DE LA EDAD DORADA EN ESTADOS UNIDOS
BEATRIZ MANRIQUE

ANNIE LONDONDERRY
CLAUDIA CARDOZO

LAS EXTRAVAGANCIAS DE LOS RICOS
CHRISTINE CROSS

EL CÓDIGO DE LA EDAD DORADA
AURA M. ROMO

CON LUZ PROPIA
LAURA M. NAVARRO

ENTREVISTA A
BEATRIZ MANRIQUE

VOLUMEN 4

OLIVIA NESS ROMÁNTICA PÁG.2
Olivia Ness

RELEVANCIA SOCIAL DE LAS MANSIONES DE LA EDAD DORADA EN ESTADOS UNIDOS PÁG. 4
Beatriz Manrique

LORETA VELÁZQUEZ, UNA MUJER VALIENTE PÁG. 8
Elena Garquín

EL BAILE QUE CAMBIÓ LAS REGLAS DE LA ALTA SOCIEDAD PÁG. 11
Marian Viladrich

ENTREVISTA A BEATRIZ MANRIQUE PÁG. 15
Olivia Ness

EL RINCÓN DE LAS CURIOSIDADES PÁG. 18
Christine Cross

UN LUGAR EN LA HISTORIA PÁG. 19
Claudia Cardozo

EL BAÚL DE LA MODA PÁG.21
Aura M. Romo

VIENTOS DE GUERRA PÁG.24
Locas del Romance

RELATO: CON LUZ PROPIA PÁG.26
Laura M. Navarro

NOVEDADES PÁG.29
Olivia Ness

Dale amor en las redes sociales

Habla de ella

Invita a un amigo a leer la revista

Escríbeme si te apetece y cuéntame
qué es lo que más te ha gustado,
a quién te gustaría que entrevistase
o de qué temas te gustaría leer.

Acuérdate de que solo podrás recibir
los siguientes números si
estás suscrito a mi newsletter.

OLIVIA NESS

Queridos lectores:

Después del especial de novela romántica coreana histórica, retomamos este cuarto volumen centrándonos en la Gilded Age o Edad Dorada.

Beatriz Manrique abre esta edición con un artículo sobre la relevancia social de las mansiones de la Edad Dorada en Estados Unidos.

Elena Garquin nos hablará de una mujer valiente que marcó un hito en la historia de América, Loreta Velázquez.

Marian Viladrich nos traslada a un baile muy relevante, hasta el punto de que cambió las normas de la alta sociedad.

He tenido el placer de entrevistar a Beatriz Manrique, una escritora de novela romántica histórica con una larga carrera literaria. En ella nos habla de su novela ambientada en la Gilded Age.

Christine Cross nos descubrirá algunas curiosidades y extravagancias de las personas ricas de la época.

Claudia Cardozo nos habla de Annie Londonderry y el sueño americano en la Edad Dorada.

En *El baúl de la moda*, Aura M. Romo nos informará en su artículo sobre la moda y las extravagancias de la sociedad.

Naitora Clime, desde *Las Locas del Romance*, nos informará de los detalles de su última lectura, *Vientos de Guerra*, de Elena Garquín.

Con luz propia es el título del sorprendente relato escrito por Laura M. Navarro en exclusiva para Olivia Ness Romántica.

Finalmente, no podía dejar de mostraros algunas de las novedades que me han llamado la atención y que saldrán publicadas a lo largo del mes de noviembre.
Estad atentas a la revista de diciembre ya que será un especial que estoy segura que gustará a todas las lectoras de novela romántica histórica.

Quería aprovechar también para compartir con vosotros que este año participaré como ponente en el **II Congreso de Roma Valencia Romántica** impartiendo un taller para escritores.

Me gustaría daros las gracias una vez más por vuestros comentarios, por compartir, por leer y por mostrar tanta pasión por la literatura romántica.

Gracias por formar parte de mi comunidad de lectores y por ayudar a los escritores de novela romántica leyéndonos y compartiendo.

Olivia

Relevancia social de las mansiones de la Edad Dorada en Estados Unidos

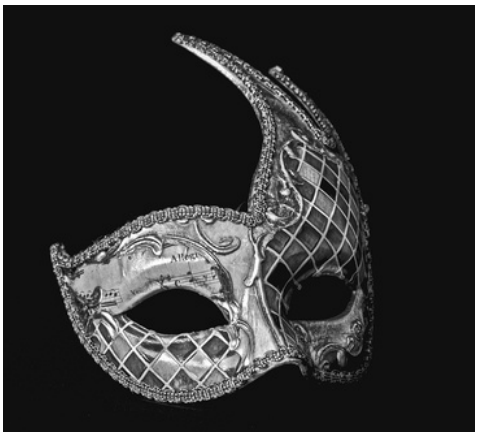
BEATRIZ MANRIQUE

Si has visto la serie de Julian Fellowes *The Gilded Age* (La Edad Dorada) ambientada en el Nueva York de las últimas décadas del siglo XIX, seguro que te has fijado en la suntuosidad del interior de las mansiones, además de las intrigas alrededor del "nuevo dinero" frente al "viejo dinero", junto a personajes históricos reales combinados con los personajes de ficción. En la serie, los Russell, se basan en la familia de los Vanderbilt, que dependían de la aceptación de la señora Astor para lograr su propósito de unirse a la *crème* de la sociedad neoyorquina.

Conocidas fueron las desavenencias existentes entre Alva Vanderbilt y Caroline Astor, firme guardiana de la alta sociedad de la ciudad durante cuatro décadas. Si se recibía la invitación para su baile anual se entendía que se era aceptada/o en su círculo social, de no ser así, no se era digna/o de obtener semejante "honor". Entre las no seleccionadas siempre se hallaba, en sus primeros años, la mencionada Alva Vanderbilt, cuya familia política le debía su fortuna al ferrocarril, circunstancia demasiado ordinaria como para ser considerada parte de la flor y nata del momento. Tan envidiada era la posición social de Caroline, que su propio sobrino William Waldorf Astor intentó una y otra vez (sin éxito) convertir a su propia esposa, Marmie Astor, en la nueva "señora Astor".

En esa época, los ricos de toda la vida rivalizaron con los nuevos ricos de diversas formas, en especial de forma social. La revolución industrial de finales del siglo XIX propició el auge de las clases medias; los empresarios del ferrocarril y los magnates de la construcción y el petróleo se hicieron inmensamente ricos.

La clase mercantil comenzó a codearse con la sociedad neoyorquina mientras adquiría las mejores propiedades, casaba a sus hijas con los solteros más codiciados y matriculaba a sus hijos en las escuelas más exclusivas. Esta repentina llegada a la alta sociedad de los llamados despectivamente "nuevos ricos" originó rencor y celos en las clases más elitistas, cuya riqueza y posición se remontaba a varias generaciones atrás.



La construcción de mansiones que competían con las ocupadas por la "realeza" neoyorquina fue uno de los medios que utilizaron los nuevos multimillonarios para hacerse un hueco entre la alta sociedad. Anecdótico es el modo en el que Alva Vanderbilt, principal adversaria de la señora Astor, consiguió ser acogida en su selecto círculo. En 1883 compró una mansión aún más opulenta que la de los Astor en la Quinta Avenida, la amuebló de la forma más lujosa y organizó para su inauguración un baile de máscaras para 1000 invitados, que costó tres millones de dólares de la época, convirtiendo en invitada de honor a Consuelo Yznaga, futura duquesa de Manchester por matrimonio.

Toda la alta sociedad de la ciudad estuvo pendiente de su invitación, no solo para ver el interior de la fastuosa vivienda, sino también con el objetivo de relacionarse con la aristocracia.
Convenientemente, la señora Astor no figuró en la lista de invitados, pues no resultaba apropiado que una dama más joven invitase a otra más veterana sin haber establecido contacto o relación con anterioridad. Asimismo, Alva se escudó en el "protocolo", ya que los Astor nunca habían invitado a ningún miembro de su familia.

De este modo, forzó a Caroline Astor a dejar en su residencia su tarjeta de presentación con el objetivo de asegurar para su hija Carrie una invitación al baile. Finalmente, la señora Astor y su hija fueron invitadas al baile de los Vanderbilt, al que acudieron otorgando su aceptación oficial a la familia con su presencia, y, por ende, su ingreso en la alta sociedad.

Las mansiones de la Edad Dorada se construyeron a lo largo de los Estados Unidos entre 1870 y principios del siglo XX. Fueron erigidas por la élite industrial, financiera y comercial de la nación, que amasó grandes fortunas coincidiendo con una era de expansión de la industria del tabaco, los ferrocarriles, el acero, el carbón y el petróleo, junto a un progreso económico, técnico y científico, así como una ausencia total del impuesto sobre la renta personal que hizo posible que los *nouveaux riches* construyeran verdaderos palacios, diseñados por destacados arquitectos y ornamentados con mobiliario, antigüedades y colecciones de obras de arte, muchas de las cuales fueron importadas de Europa.
Este grupo de emprendedores de un país relativamente joven encontró en sus mansiones el contexto para exhibir su fortuna mientras se veían a sí mismos como herederos de una gran tradición occidental. Estos nuevos empresarios de Estados Unidos viajaron por el mundo visitando las grandes ciudades europeas, así como los lugares de las civilizaciones más antiguas del Mediterráneo, como parte de un "Gran Tour". En sus viajes al extranjero admiraban las propiedades de la nobleza europea y, al considerarse a sí mismos como la "nobleza" estadounidense, emularon las viviendas del viejo mundo en suelo estadounidense.

Todas estas mansiones se convirtieron en templos del ritual social de la clase alta del siglo XIX; elaborados bastiones de riqueza y poder que desempeñaban un papel social, construidos para impresionar, entretener y recibir invitados. Relativamente pocos en número y geográficamente dispersos, la mayoría se construyó en una variedad de estilos arquitectónicos y decorativos europeos de diferentes épocas y países como Francia, Inglaterra o Italia.

A pesar de la importancia que las mansiones de la *Gilded Age* ostentaron en su época, muchas de ellas desaparecieron a principios o mediados del siglo XX. Estas son algunas de las desaparecidas:

Mansión de Mark Hopkins, uno de los fundadores del Central Pacific Railroad. Eligió el pico sureste de Nob Hill en San Francisco, California, para construir la casa de los sueños de su esposa Mary. Finalizada en 1878 en un estilo Neogótico por Wright & Sanders, fue destruida por el fuego que siguió al terremoto de San Francisco de 1906.

Mansión de William H. Vanderbilt. Construida en 1878 en un estilo Neorrenacentista por Richard Morris Hunt en la ciudad de Nueva York, fue demolida en 1945.

Petit Chateau, residencia de William K. y Alva Vanderbilt en la Quinta Avenida. Construida en 1882 en un estilo *Château* por Richard Morris Hunt en la ciudad de Nueva York, fue demolida en 1927.

Mansión Palmer. Se construyó en 1885 para Bertha y Potter Palmer (un empresario que se enriqueció edificando inmuebles en State Street) en un estilo Neorrománico temprano-neogótico normando por Henry Ives Cobb y Charles Sumner Frost en Chicago, Illinois. Fue demolida en 1950.

Rockwood Hall, situada a orillas del río Hudson, en Mount Pleasant, Nueva York, fue residencia de William Rockefeller, hermano de John D. Rockefeller, cofundadores de la Standard Oil Company. Construida en 1886 en un estilo Isabelino por Gervase Wheeler y renovada en 1890 por Ebenezer L. Roberts y Carrère & Hastings, se cree que fue la segunda mansión más grande de EE.UU. Fue demolida en 1941.

La mansión de la señora de William B. Astor ubicada en el Upper East Side de Manhattan, Nueva York. Finalizada en 1896 en un estilo Neorrenacentista francés por Richard Morris Hunt, fue demolida hacia 1926.

La casa Riverside, residencia del magnate del acero Charles M. Schwab, fue una extravagante mansión de 75 habitaciones ubicada en el paseo Riverside Drive en el Upper West Side de Nueva York. Construida en 1906 en un estilo Beaux-Arts por Maurice Hébert, fue demolida en 1947.

Beatriz Manrique es una bibliotecaria y documentalista nacida en un pueblo de la Alpujarra Almeriense (Berja) a la que le gustaba mucho leer de pequeña (de hecho, una de mis hermanas me llamaba ratita de biblioteca). Curiosamente, estudié Biblioteconomía y Documentación en la Universidad de Granada, por lo que mi vida siempre ha estado ligada a los libros de una forma u otra.

https://bmanriquemartin.wixsite.com/

Loreta Velázquez, una mujer valiente

ELENA GARQUIN

En la Guerra Civil americana murieron más de 600.000 personas, no todas soldados varones. Las crónicas no hablan de las muchas mujeres que acudieron a ella, ni de las que sacrificaron todo lo que tenían en pos del amor de su vida, sin medir las consecuencias. Mujeres fuertes, rudas y decididas, que decidieron desafiar las normas de la época para aferrarse a la felicidad y no renunciar a ella.

Porque sí, el amor puede obrar milagros, antes y ahora. Una buena prueba de ello es la historia de Loreta, en plena guerra de Secesión americana.

«La guerra ha empezado y Johnny ha de luchar / quisiera a su lado mis días pasar», decía una vieja canción sobre una de las historias más fascinantes y olvidadas de la Guerra de Secesión: la protagonizada por Loreta Janeta Velázquez. Envuelta en misterio, tachada de mentirosa y prostituta durante años, y con una biografía controvertida, esta inmigrante cubana de Nueva Orleans fue una mujer adelantada a su tiempo que transgredió todas y cada una de las normas de su época. ¿Cómo? Cometiendo la temeridad de hacerse pasar por un hombre y alistarse como soldado del Ejército confederado para combatir junto a su marido en la Guerra Civil americana.

Empecemos por el principio. Loreta nació en La Habana en 1842, en el seno de una adinerada familia aristocrática, pero pronto emigró a Estados Unidos, donde recibió una educación tradicional, destinada a hacer de ella una mujer refinada que supiera coser, tocar el piano...

Sin embargo, su fuerte carácter no estaba hecho para ese papel. Ya viviendo en Nueva Orleans en casa de su tía, se pasaba los días vistiéndose con la ropa de su primo; años después, cuando ella contaba con 14 y sus padres quisieron obligarla a casarse con un cubano de quien no estaba enamorada, se atrevió a desobedecerles fugándose para casarse con John Williams, un oficial de Texas, por amor. La unión dio como fruto tres hijos, pero también fue el detonante de que Loreta llevara a cabo su mayor osadía: la transformación de Loreta a Henry.

La desgracia se cebó con ella y el destino quiso que sus tres hijos murieran. Poco después, su marido decidió alistarse en el Ejército confederado. Loreta, que por aquel entonces tenía 19 años, intentó convencerle de que no lo hiciera o que la dejara acompañarlo como alternativa, pero su marido no aceptó ninguna de las dos cosas.

No sabía de lo que su esposa era capaz. Loreta no estaba dispuesta a dejarlo marchar; no podía soportar la idea de no volver a verlo jamás, de modo que puso en marcha su plan: utilizó su riqueza para reclutar y equipar a un batallón de infantería de 236 soldados en apenas cuatro días, y se dirigió a Pensacola (Florida) en busca de su marido.

Siendo mujer aquello no era nada fácil, por supuesto, pero el pequeño inconveniente no logró detenerla. Se cortó el pelo, se compró un bigote y una perilla falsos, se manchó el rostro, el cuello y las manos para endurecer su aspecto, le encargó a un sastre un uniforme de oficial confederado y, finalmente, se cambió el nombre por el del teniente Henry T. Buford. En un tiempo record. De ese modo, Loreto pasó de ser una refinada ama de casa a un duro soldado.

Cuando Loreta llegó a su destino y presentó las tropas a su marido, el enfado de este fue monumental porque había desobedecido sus instrucciones, aunque desgraciadamente no le duró mucho, porque falleció poco después a causa de un accidente con su arma de fuego durante un entrenamiento.

Otro golpe del destino que, después de la muerte de sus tres hijos, la dejó completamente devastada. El amor de su vida, después de todo, la había abandonado, pero Loreto decidió no revelar su verdadera identidad y continuar luchando al frente de su regimiento, puesto que, para ella, ya no tenía nada más que perder. De ese modo, intervino en las batallas de Blackburn´s Ford , Bull Run , Ball's Bluff , Fort Donelson y, por último, en Shiloh, donde resultó herida de gravedad. Fue durante su cura cuando el médico descubrió que Henry T. Buford era en realidad una mujer llamada Alice William, nombre que solía utilizar Loreta Velázquez.

Pero ni siquiera la revelación de su verdadera identidad logró minar su espíritu. Después de aquello, Loreta se volvió a casar y volvió también a sufrir la muerte de su segundo esposo, el capitán Thomas DeCaulp, lo que le hizo regresar al ejército para participar de manera más activa. Vivía con intensidad cada segundo, y su fortaleza fue suficiente para asumir otro giro en su destino. En Richmond, Virginia, cuando más crudas eran las batallas entre federales y confederados, aceptó convertirse en espía de la Confederación, y lo hizo tan bien que fue trasladada a Washington, donde llegó a reunirse con Simon Cameron, secretario de la Guerra del presidente Abraham Lincoln.

Antes de acabar la guerra, llegó a participar también en la organización de revueltas en Ohio para liberar a los prisioneros de guerra confederados. No había barreras para ella.

Cuando la guerra por fin terminó, Loreta se dedicó a viajar por Europa, vivió en Venezuela y regresó a Estados Unidos. En ese tiempo, se casó otras dos veces y tuvo un hijo, pero sus finanzas se resintieron, y en 1876, decidió escribir un libro contando sus aventuras para conseguir algunos ingresos: «Una mujer en combate: la historia de las hazañas, aventuras y viajes de la señora Loreta Janeta Velázquez».

Algunos afirmaron que este libro no era más que un relato maquillado. Otros lo calificaron de farsa durante más de un siglo. No obstante, muchos historiadores han descubierto recientemente ciertos documentos en los Archivos de la Nación que demuestran que la historia de esta rebelde, cuya muerte se produjo alrededor de 1897, y cuya tumba aún no ha sido encontrada, es cierta… Y ocurrió 150 años antes de que el Ejército de los Estados Unidos permitiera legalmente a las mujeres participar en los combates.

Una historia como tantas otras, condenada al ostracismo de la historia por protagonizarla una mujer, pero que debería ser recordada. Loreta sobrevivió a la muerte de tres hijos y a la del hombre por el que rompió con todas las normas sociales de la época. Arriesgó su vida para seguirlo en una guerra sin parangón, y se rehízo a sí misma cuando el destino decidió golpearla de nuevo. Eligió vivir, volver a empezar y, al mismo tiempo, conservar su libertad hasta el mismo día de su muerte.

¿Hay una mayor expresión de amor que esa? Yo creo que no.

Nací en Benavente (Zamora), donde resido actualmente con mi marido y mis dos hijos. Cursé los estudios de derecho en la Universidad de Salamanca, pero desde niña mi verdadera pasión fueron los libros.

La vocación de escritora me llegó a través de la lectura, y reparto mi tiempo entre esta y mi familia. Me encanta el cine, y adoro el campo y la naturaleza. Escribo desde la adolescencia, aunque dejé de hacerlo cuando me casé.

https://www.instagram.com/garquinelena/#

El baile que cambió las reglas de la alta sociedad

MARIAN VILADRICH

El 26 de marzo de 1883 se organizó en Nueva York uno de los bailes más emblemáticos de la historia de la ciudad. Asistieron mil doscientas personas de las altas esferas, ataviadas con escandalosos (y costosos) disfraces. Una multitud de gente se agolpó para ver la llegada de los invitados mientras la policía controlaba que no se produjera ningún altercado. El baile de disfraces había sido organizado por Alva Vanderbilt para inaugurar su nueva mansión en la Quinta Avenida, pero escondía un segundo propósito: dinamitar el viejo orden social y lograr que la elite neoyorkina, dirigida con mano férrea por la señora Astor, le abriera las puertas.

Tal como ha contado en numerosas entrevistas Julian Fellowes, el creador de la serie The *Guilded Age* se inspiró en figuras y acontecimientos reales de la época, aunque los pasó por el barniz de la ficción para disponer de la suficiente libertad creativa. Sin embargo, la mayoría de los fans de la serie reconocerán ciertos elementos en la historia que vamos a relatar a continuación.

Dinero viejo, dinero nuevo

Tras la Guerra de Secesión (1861-1865), la población de Nueva York se multiplicó. Llegaban gentes de todas partes en busca de un futuro y no todos eran pobres. Las fortunas del Medio Oeste se trasladaron a la Gran Manzana y las antiguas familias de Nueva York observaron con horror la llegada de aquellos nuevos ricos que pretendían entrar en su exclusivo círculo.

Los Astor eran una de las familias más poderosas de la ciudad y la señora Astor, apoyada por Ward McAllister, se había convertido en la principal autoridad entre la elite neoyorkina. Desde su mansión en el 350 de la Quinta Avenida (donde se ubica en la actualidad el Empire State) dictaba las normas de etiqueta que regían en la alta sociedad y quién era merecedor de pertenecer a la misma. Solo las familias más selectas estaban invitadas a las recepciones que organizaba y no permitía la asistencia de nadie a quien no hubiera entregado su tarjeta de visita.

Entre aquellos nuevos ricos, se encontraban los Vanderbilt, que debían su fortuna al ferrocarril y a los barcos. El nieto del patriarca se había casado con una joven de Alabama, hija de un adinerado comerciante. La familia de Alva Erskine Smith dejó su hogar natal, vivió varios años en Europa y se instaló en Nueva York después de la guerra, donde la joven se casó con William Kissam Valderbilt. Alva Vanderbilt estaba decidida a lograr para la familia el estatus que consideraba que le correspondía y se propuso entrar en la limitada lista de los Cuatrocientos.

Los Cuatrocientos de Nueva York

Samuel Ward McAllister, emparentado con los Astor y una de las figuras prominentes de la alta sociedad, se había convertido en juez y árbitro de esta. Era amigo y admirador de la señora Astor (a la que llegó a apodar como «la Rosa Mística») y se le consideraba el paradigma del buen gusto.

A Ward se le atribuye la frase que cerró las puertas a los nuevos ricos, ya que en cierta ocasión afirmó que había «solo cuatrocientas personas en la sociedad de moda de Nueva York». Dicen las malas lenguas que la cifra se debía a que era la cantidad exacta de personas a las que podía dar cabida el salón de baile de la señora Astor, aunque también otros locales frecuentados por la elite, como el restaurante Delmonico, tenían una capacidad máxima de cuatrocientas personas.

Lo cierto es que la expresión fue ampliamente aceptada. Ward llegó a escribir en el *New York Tribune*: «si sales de ese número, golpeas a las personas que no se sienten cómodas en un salón de baile o hacen que otras personas no se sientan cómodas».

No era fácil entrar en ese elitista listado. Alva Vanderbilt iba a hacer todo lo posible para lograrlo y, para cuando Ward publicó la primera lista oficial de los Cuatrocientos en *The New York Times*, en 1892, la enumeración ya incluía algunos nombres de aquellos arribistas que tanto despreciaba la señora Astor. Y estaban incluidos los Vanderbilt.

Una mansión ostentosa

El primer paso de los Vanderbilt para adentrarse en la cerrada alta sociedad neoyorkina fue la construcción de una mansión en la Quinta Avenida. El número 660 (que ahora alberga un rascacielos de oficinas) acogió la primera mansión de estilo neorrenacentista francés del Upper East Side, construida por el arquitecto Richard M. Hunt. La propia Alva, decidida a utilizar la fortuna de su marido para cumplir sus ambiciosos planes, participó en el diseño del edificio, que fue conocido como el Petit Chateau. Aunque, en realidad, no tenía nada de pequeño.

Era una enorme estructura de piedra caliza con forma de castillo, que destacaba entre las austeras mansiones adosadas de piedra rojiza del resto de la calle. Su construcción llevó cuatro años y no se ahorró en gastos para su levantamiento ni para su decoración, puesto que se llenó de artículos traídos de palacios europeos. Así, se trajeron paneles renacentistas de Francia para revestir las paredes de la biblioteca y un secreter de ébano realizado para Maria Antonieta se convirtió en la pieza principal de la sala de recepción, diseñada al estilo Luis XV. La habitación más grande de la casa era el salón de baile, de dos pisos y con una impresionante chimenea doble con dos cariátides de mármol a tamaño natural que sostenían la repisa de madera.

Para inaugurar la mansión más ostentosa del Upper East Side, Alva Vanderbilt organizó la fiesta más suntuosa del siglo. Su salón de baile acogió un millar de invitados. Bastantes más que los cuatrocientos que podía albergar el salón de su rival.

La lucha entre el viejo orden y las nuevas fortunas

El baile de disfraces de la señora Vanderbilt se convirtió en el evento social de la temporada antes de celebrarse. Durante semanas, la prensa publicó notas sobre los preparativos, los mejores modistos de Nueva York trabajaron en los extravagantes disfraces de los invitados y los jóvenes de la alta sociedad practicaron cuadrillas (bailes realizados por cuatro parejas) para exhibirlas durante el esperado acontecimiento. La ciudad entera, espoleada por *The New York Times*, estaba al tanto de cada pormenor. Nadie quería perderse el acontecimiento del año.

Como todas las jóvenes, Carrie Astor esperaba con ansias su invitación y preparó una cuadrilla junto a sus amigos. Sirvientes vestidos de librea se encargaron de repartir invitaciones por toda la ciudad. Más de mil, dirigidas a familias de antiguo abolengo y nuevas fortunas. Pero la esperada invitación de Carrie no llegó y, alarmada, recurrió a su madre.

Alva Vanderbilt explicó que no podía invitar a la joven, puesto que, debido a las complejas normas sociales impuestas por la señora Astor y Ward McAllister, la señora Astor jamás había visitado a los Vanderbilt para entregarles su tarjeta de visita.

La señora Astor, cuya única debilidad reconocida eran sus hijos, se vio obligada, pues, a visitar a los advenedizos Vanderbilt y hacer entrega de la famosa tarjeta que otorgaba su reconocimiento oficial para entrar en la sociedad elegante de Nueva York. Carrie Astor obtuvo su invitación y Alva Vanderbilt puso el primer pie en el exclusivo círculo en el que ambicionaba entrar.

El baile

Según las fuentes de la época, los Vanderbilt invirtieron 250.000 dólares en el baile (de los que 65.000 estuvieron destinados a la compra de champán). Al cambio actual, según ha calculado el Museo de la Ciudad de Nueva York, equivaldría a 6 millones de dólares.

La casa estaba llena de flores, el gimnasio del tercer piso se había convertido en un bosque de palmeras cubiertas de buganvillas y orquídeas y a las dos de la madrugada se ofreció una suculenta cena a cargo de los chefs de Delmonico.

Los invitados estuvieron a la altura con sus lujosos disfraces basados en personajes históricos o inspirados en la ópera y en los cuentos populares. Sin duda, el traje más espectacular fue el de Alice Vanderbilt, cuñada de Alva, que se vistió de Luz Eléctrica. Portaba una antorcha que se encendía gracias a las baterías que llevaba escondidas en la tela de su vestido.

José María Mora, el fotógrafo de origen cubano famoso por retratar a la clase alta, fue contratado para inmortalizar a los invitados con su cámara, lo que dejó un valioso testimonio del evento social más importante que vivió la ciudad de Nueva York en el siglo XIX y que cambió para siempre el orden social de la elite.

Más adelante, la señora Astor invitaría a la señora Vanderbilt a su baile anual de los Cuatrocientos y Alva iniciaría un imparable ascenso social, que la llevó a casar a su hija con un duque inglés y a ocupar la posición de su rival cuando esta finalmente se retiró. También se divorció cuando era un escándalo hacerlo y se convirtió en una de las figuras más destacadas del sufragismo estadounidense, pero esa es otra historia.

Soy Marian Viladrich, escritora de novela romántica, correctora profesional y lectora voraz.
Me apasiona contar historias y también ayudar a otros autores a que cuenten las suyas.

https://marianviladrich.wixsite.com/marian-viladrich

Entrevista a Beatriz Manrique

OLIVIA NESS

Beatriz Manrique es una bibliotecaria y documentalista nacida en un pueblo de la Alpujarra Almeriense (Berja) a la que le gustaba mucho leer de pequeña (de hecho, una de mis hermanas me llamaba ratita de biblioteca). Curiosamente, estudié Biblioteconomía y Documentación en la Universidad de Granada, por lo que mi vida siempre ha estado ligada a los libros de una forma u otra.

Tu libro de cabecera es... *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen.

¿Qué libro es el último que has leído? En realidad, el último ha sido una relectura; La isla bajo el mar de Isabel Allende.

¿De dónde surge tu pasión por escribir?
Desde pequeña, me ha gustado expresarme a través de la palabra escrita, aunque la inquietud por escribir se acrecentó en mi adolescencia a raíz de la lectura de mi primera novela romántica; *No traiciones a mi corazón* de Johanna Lindsey (en la época en la que Círculo de Lectores llevaba la literatura y la cultura a los hogares españoles, ¡cuánto nos gustaba a mi hermana Isa y a mí ese momento en el que llegaba el catálogo de novedades, aunque era ella la que estaba suscrita y escogía los libros a comprar). La lectura de esta novela fue un punto de inflexión para mí porque me enamoré del género sin remedio. El descubrimiento de la literatura romántica, sin lugar a dudas, fue un gran impulso para que dejara volar mi imaginación y comenzara a escribir mis propios relatos.

¿Tienes alguna manía a la hora de planificar o escribir una novela?

La única manía como tal es escribir con música de fondo. Me ayuda mucho a concentrarme tanto en la historia como en lo que los personajes quieren transmitirme.

¿Qué consejo le darías a un escritor que quiere escribir una novela romántica histórica?

Que se documente lo mejor posible sobre el periodo histórico sobre el que va a escribir y cuide todo lo que pueda el lenguaje de la época, así como algunos aspectos del comportamiento de los personajes. Sin olvidar que es ficción y que la relación de los protagonistas junto a su final feliz (requisito imprescindible del género romántico) debe prevalecer, considero que una ambientación adecuada es importante en una historia de época.

¿Qué recursos has utilizado para documentarte?

Utilizo todos los recursos que están a mi alcance, aunque reconozco que mi profesión me ayuda a acceder a todo tipo de información en cualquier soporte; prensa y revistas, material gráfico y cartográfico, manuscritos, monografías..., que no están a disposición de todo el mundo. No obstante, el trabajo de digitalización que se está haciendo por parte de las bibliotecas para que los usuarios/as puedan acceder a la información desde cualquier punto del país (y fuera del país) es maravilloso. La Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España, tiene auténticas maravillas digitalizadas. Suelo recurrir bastante a ella, así como a webs especializadas en diversas temáticas.

¿De dónde surge la idea de escribir la serie Sueños?

En mi adolescencia emitieron una serie norteamericana llamada *Jóvenes jinetes*. Me enamoré de la historia y de los personajes, un grupo de jóvenes pertenecientes al Pony Express, un servicio de correo postal que funcionó en los Estados Unidos unos años antes de que estallara la Guerra Civil en el país.

En una de las ocasiones en las que estaba dialogando sobre las series de época de mi generación, recordé cuánto me gustaba dicha serie, y de este modo surgieron en mi mente mis jinetes del Pony Express, Craig Donovan y Josh Jenkins, y aunque en un principio solo iba a ser la historia de Craig, después de conocer a Josh fue evidente que necesitaba contar sus vivencias. Además, por petición popular no podía no escribir su historia porque Josh se la merecía.

¿Dónde y cuándo está ambientada Mi sueño, Tú? La novela está ambientada a finales del siglo XIX en tres escenarios principalmente, lugares que tienen mucha relevancia para los protagonistas; Green Bay en Wisconsin, la ciudad de New York y el valle de Sonoma, en California.

¿Cómo es el personaje de Susan Myers?
Susan es una artista extraordinaria, una joven preparada, inteligente, con diferentes inquietudes y expectativas personales que desea cumplir. Su pasión gira en torno a la pintura, la luz y el color, pues fue un refugio para ella en un momento de su vida que le marcó.

¿Qué puedes contarnos de Josh Jenkins?
Josh es un superviviente, un luchador, un hombre que se ha hecho a sí mismo, fuerte, listo y ambicioso, ya que ha experimentado muchas carencias durante su infancia. Carencias que supo transformar en un impulso para superarse en cada etapa de su vida, pero que también han moldeado su carácter de forma negativa en ciertos aspectos. Dicho esto, es un personaje maravilloso.

¿Cuál es tu escena preferida?
Entre esta pareja existen diversas escenas que me han tocado el corazón, pero una de las que más dulzura me despertó, sucede en un jardín al amparo de la discreción de un amigo (estupendo) que tienen en común. Las lectoras que ya han leído la novela, seguro que la identifican con facilidad.

¿Puedes contarnos alguna curiosidad sobre la novela o el proceso de escritura?
Una de las curiosidades de esta historia es que, antes de comenzar a escribirla, apenas sabía nada sobre el origen y evolución de los tatuajes en Estados Unidos... Ahora me desenvuelvo bastante bien en el tema; he descubierto las técnicas y utensilios utilizados entonces y además he conocido a los tatuadores, así como a las "atracciones del tatuaje", más célebres del siglo XIX.

Si tuvieses que quedarte con un solo personaje de todas tus novelas, ¿cuál sería?
Ufff imposible quedarme con uno porque los adoro a tod@s, pese a que son muy diferentes entre sí, así como lo son también sus experiencias vitales.

¿Por qué leer literatura romántica?
Soy de la firme creencia de que ningún género es superior o inferior a otro. Cada uno tiene sus características, unos determinados requisitos que lo definen y que los lectores buscan en él cuando lo escogen. Los gustos de cada persona para leer o no un género son personales, pero para mí el género romántico es muy completo y lo más importante es que me emociona, me entretiene, me ayuda a evadirme cuando lo necesito y lo disfruto paso a paso porque sé que al final de la historia encontraré ese final feliz que los personajes se merecen, a pesar de los impedimentos o vicisitudes que hayan podido surgir a lo largo de la trama. Asimismo, la romántica cuenta con muchos subgéneros entre los que escoger; romántica histórica, contemporánea, erótica, comedia romántica, de suspense, de fantasía, paranormales, young adult, etc.

¿Tienes algún proyecto nuevo entre manos?
Sí, siempre tengo algún proyecto entre manos. Ahora estoy con la escritura de una nueva novela de época, pero tengo bastantes frentes abiertos, entre ellos la cuarta novela de la serie Alfonsinos (que las lectoras están esperando desde hace tiempo), la siguiente de la serie Sueños y otras tres de las que voy reuniendo información poco a poco a la espera de que les llegue su turno. Asimismo, tengo un sinfín de ideas anotadas en una carpeta de mi ordenador llamado "CAJÓN DESASTRE" porque es un barullo de escenas, conversaciones, personajes, incluso hechos históricos que tal vez algún día se conviertan en una verdadera novela.

Olivia Ness

Las extravagancias de los ricos

CHRISTINE CROSS

La Edad Dorada fue un período de tiempo en la historia de los Estados Unidos caracterizado por un inmenso crecimiento económico, pero también por una creciente disparidad económica. Así, junto a la opulenta autoindulgencia de la clase alta americana, surgió también la filantropía estadounidense, que dotó al país con universidades, hospitales, academias, museos, teatros de ópera, bibliotecas públicas, etc.

Los ricos de la Edad Dorada parecían tener cofres desbordantes de dólares con los que, simplemente, no sabían qué hacer. El extravagante modo de vida entre los de su clase se acrecentó, llegando a rozar lo absurdo. Los nuevos ricos utilizaron su riqueza para construir casas opulentas y cottage de vacaciones, comprar ropa y obras de arte costosas y emprender actividades recreativas como nunca antes.
Muchos de ellos gastaron sus billetes verdes en organizar bailes temáticos. Para acrecentar el factor «diversión», se les ocurrieron temas como El baile de los perros o El baile de los sirvientes. El Dog Ball fue presentado por el extravagante Harry Lehr y su cómplice de fiestas, Mamie Fish, en Crossway's, la «casita» de cuarenta habitaciones que Mamie poseía en Newport. Cerca de cien invitados se presentaron en el lugar junto con sus homólogos peludos. Se instaló una habitación exclusiva con mesas para los perros, que disfrutaron de su propia comida de tres platos de hígado y arroz estofados, galletas y huesos mientras los humanos se sentaban en otra habitación.

En otra ocasión fueron Henry Clews y su esposa, Louise, quienes organizaron su fiesta con el tema El baile de los sirvientes. Aquellos que habían sido invitados, se apresuraron a acudir a sus modistas y sastres para encargarles la creación de trajes con harapos que representaran a la clase sirvienta. Huelga decir, por supuesto, que estos fueron elaborados con las telas más finas.
Henry Clews saludó a uno de sus invitados con un plumero en una mano y un balde en la otra. Vestidos como mayordomos y lacayos, doncellas y lavanderas, toda la sociedad pasó un rato de gala, fingiendo ser pobres y trabajadores por un día. Para simular un festín más «auténtico», la mesa del comedor había sido reemplazada por cajas y sillas de madera y en lugar de servilletas de alta calidad, se secaron la boca con periódicos.
Este evento tan insensible acarreó, sin duda, muchos problemas a los sirvientes reales, que debieron emplear mucho tiempo para limpiar.

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón.

Un lugar en la historia

Annie Londonderry: El sueño americano en la Edad Dorada

CLAUDIA CARDOZO

La Edad Dorada fue un periodo de tiempo que por lo general relacionamos con el boato que predominó en los Estados Unidos debido a la fiebre del oro y al aplastante impulso del progreso.
Al pensar en esos tiempos, nos vienen a la mente los ferrocarriles que empezaban a cruzar de extremo a extremo ese enorme y entonces aún inhóspito país; en damas cargadas de sedas y joyas que se esforzaban por imitar en cierta forma el lujo proveniente de Europa, de la que, qué duda cabe, muchos aún se sentirían parte.
Pero la Edad Dorada fue también una época de inmigrantes; de millares de personas llegadas de todas partes del mundo atraídas por esa riqueza, y que abandonaron sus hogares en busca de un futuro mejor. Y entre aquellos recién llegados, se encontraban grandes mujeres, entonces quizá apenas unas niñas, que habrían de hacer historia.

¿Se han preguntado alguna vez quién fue la primera mujer en recorrer el mundo en bicicleta? Confieso que yo no; pero cuando leí la historia de Annie, quedé fascinada por ella.

En realidad, Annie no se apellidaba Londonderry. Nacida en Riga en 1870, en una familia judía, su apellido era Cohen, y tanto ella como sus padres emigraron a Estados Unidos cuando era una niña.
Annie, como toda aventurera que se precie de ello, era muy inquieta. Pese a provenir de una familia extremadamente pobre y donde los lujos no estaban al alcance de la mano, se esmeró siempre por cumplir con sus sueños, entre los que se encontraba aprender a andar en bicicleta, aunque fuera con una que su padre cambió por algunas gallinas. Además, le fascinaba la escritura, así que se convirtió en periodista poco después de casarse, si bien nunca encontró una colocación que la convenciera del todo y donde pudiera desarrollar esa vena inquieta de la que estaba tan orgullosa.
Hasta que vio un aviso en el diario y toda su vida cambió.

Ahora ¿de dónde sale el apellido Londonderry? No de su esposo. Resulta que una marca de agua de manantial, Londonderry, lanzó una campaña en la que ofrecía 5,000 dólares a quien pudiera dar la vuelta al mundo en 15 meses. Annie no lo pensó dos veces. Se despidió de su marido y de sus hijos, prometiendo regresar con el dinero; tomó su bicicleta y emprendió el viaje.

Al viaje de Annie se le llamó «el viaje más extraordinario jamás emprendido por una mujer» y se convirtió no solo en una celebridad allí por donde pasaba, sino que, además, una vez que lo logró, porque vaya que lo hizo, regresó a su país con su familia y encontró empleo en un conocido diario donde relató sus aventuras en una columna que tituló «Una nueva mujer».

Annie fue cayendo en el olvido con el paso del tiempo y murió en 1947, pero su historia cobró nuevos bríos cuando inspiró un musical y una obra de teatro que aún se presenta en Estados Unidos.

Fascinante ¿no? Creo que el legado de Annie abarca muchos aspectos que deben ser resaltados. No solo fue una mujer que logró destacar en un mundo de hombres; sino que también es la imagen del inmigrante en una tierra prometida que teniéndolo todo en contra decide luchar por sus sueños y cubrirse de oro.

Claudia Cardozo nació en Lima, Perú, en 1982. Desde muy pequeña se dejó seducir por la magia de las letras, enfrascándose en la búsqueda de nuevas experiencias por medio de la lectura. Estudió una carrera relacionada con los números, la cual ejerce, pero dedica buena parte de su tiempo libre a escribir, leer y compartir momentos con su familia. Admiradora de Jane Austen, comparte en gran parte su visión de la vida.

El baúl de la moda

Gilded Age: El Código de la Era Dorada

AURA M. ROMO

El escritor Mark Twain fue el que dio nombre a este periodo comprendido entre 1870 y 1899 que fue una era caracterizada por el explosivo crecimiento económico e industrial, aunado a una gran corrupción política. Las familias Vanderbilt y Carnegie destacaban por sus enormes fortunas y Nueva York era el epicentro económico y cultural con Ellis Island siendo la puerta de entrada de muchísimos inmigrantes.

La extravagancia era un requerimiento en la moda: el gilded glamour que reflejaba la prosperidad económica en telas como la seda, el tul y el encaje. Los vestidos iban adornados con grandes colas, cuentas y bordados. Los corsés eran el accesorio ideal para los vestidos de té, las batas, además de ser el elemento básico del guardarropa de toda mujer.

Otros accesorios que eran imprescindibles en esta época fueron las mangas globo, los guantes para asistir a la ópera que se caracterizaban por subir hasta más arriba del codo, las diademas (mientras más extravagantes y cargadas de joyas, mejor) y zapatos que llegaron a competir con los que alguna vez estuvieron en el guardarropa de la reina francesa María Antonieta.

La vestimenta de los hombres, podría decirse que se simplificó, ya que el negro era el color imperante durante la noche en trajes tipo frac y durante la mañana, el color marfil era lo ideal, combinado con algún color sobrio.

Sin embargo, si hablamos de colores, durante la época dorada hubo una infinidad de tonos que antes jamás se hubieran considerado: verdes esmeraldas con plumas de pavo real, morados intensos, magentas, amarillos que no eran para nada los acostumbrados pasteles y que daban paso a las telas para la noche con lamé dorado, telas que dejaban vistosas texturas plateadas o cobrizas y que hacían que cualquier mujer pareciera la reina de la noche.

Accesorios de rigor eran los abanicos de plumas, los guantes, y para los de status más elevado, los puros y el rapé aspirado era lo mejor que se podía disfrutar en una fiesta junto con un buen vino o licor. El rapé es tabaco ligeramente húmedo que se trituraba y los de la alta sociedad lo pedían en vasijas de cristal con cucharitas mínimas de plata para poderlo absorber a través de los poros de la nariz. Las mujeres preferían el uso del rapé y cuando lo aspiraban, solían taparse con el abanico. Los hombres, por su parte, preferían los puros y consumirlos apartados de las damas.

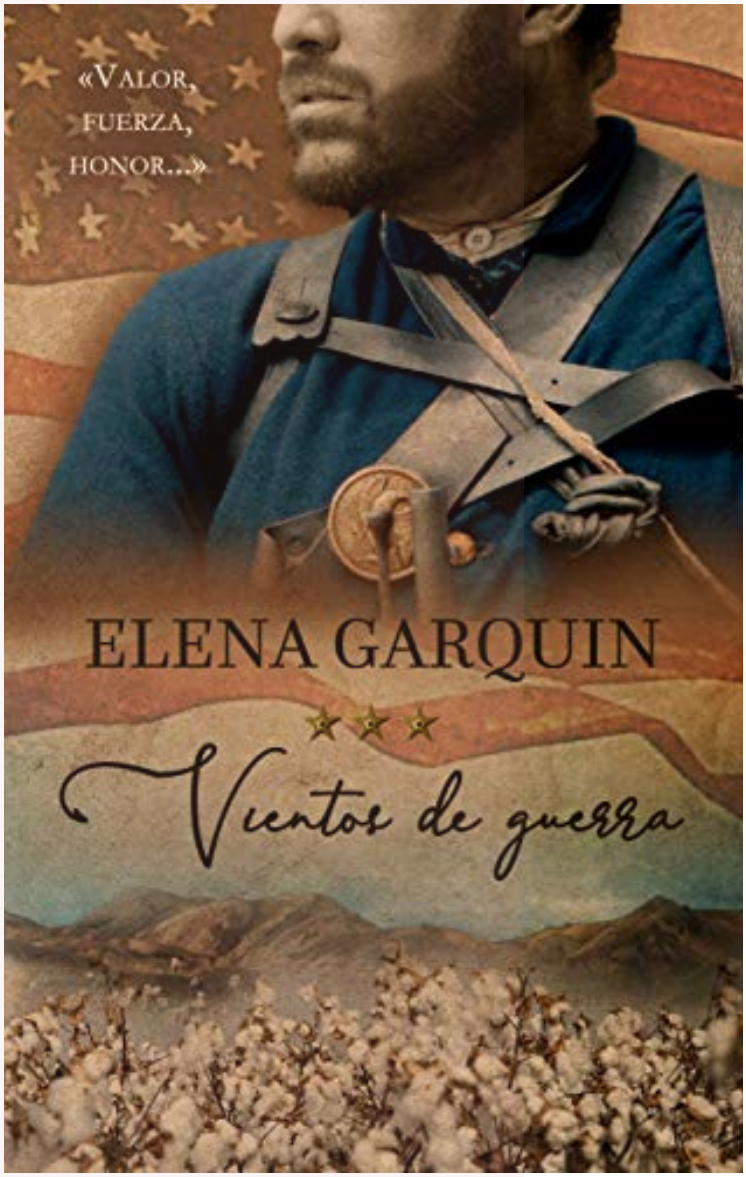
Se dice que hubo un segundo momento de la Edad Dorada durante los años veinte, en la época donde se sitúa la novela de “El Gran Gatsby” de F. Scott Fitzgerald por el impulso que tomó la moda en lo que se refirió a cortes de pelo drásticos, cambios de figura en la silueta femenina y permisos que se dieron los hombres para usar colores pastel en sus trajes. Fue una segunda época de lujo obsceno, sobre todo en Nueva York y se parece a la primera porque también había muchos inmigrantes y estaba la prohibición del alcohol. Aparecieron las estrellas del jazz que emocionaban en sus fiestas a todo el público por su impresionante vestuario y todos los ricos competían entre sí. Sin embargo, debemos aclarar que esta época, aunque es muy parecida, no forma parte oficial de la Edad Dorada, aunque comparta muchas características en común.

Gracias a películas y series actuales como “The Gilded Age” y “Bridgerton”, podemos ver lo que se usaba en ese entonces en la mente de los vestuaristas. Tanto ha sido la repercusión en nuestras vidas que en recientes fiestas como la Met Gala de hace un año, se hizo honor al Gilded Glamour y varios accesorios han sido ajustados para ser modernizados y utilizarlos. Después de todo, la moda siempre vuelve y el glamour, también.

Aura M. Romo se licenció de Contaduría Pública, Filosofía e Idiomas. También se diplomó del INBA y CONACULTA de Creación Literaria. Publicó su primer libro junto con otros autores, Ajedrez de Letras en el 2014. Ganadora del Premio Sahuayo de Literatura de Cuento en 2013 y 2014 con La Boda y Las Catrinas. Amante de la poesía, el romance y los sueños, cree firmemente que la imaginación todo lo puede. Incluso volar.

Vientos de Guerra

GABRIELA ORENDAIN



El día de hoy les quiero hablar de lo nuevo que ha escrito una pluma que ha marcado en mi alma su impronta con sus historias. Da igual si son del género contemporáneo o histórico, Elena Garquin sabe meterse profundo y hacerme sentir, sufrir, amar, odiar y perdonar de una manera que pocas plumas lo logran y esta vez no podía ser menos con ***Vientos de guerra***.

Estamos ante una obra de género histórico ambientado en la guerra de secesión de USA, así que veremos los ideales de algunos que en el sur luchaban por liberar de la esclavitud a la raza oprimida y por otro lado, nos vamos a encontrar un argumento que tiene de todo menos un momento de respiro, sobre todo, a destacar una mujer que se lleva las palmas y valentía sería su segundo o tercer nombre, según se mire.

Cuando dos almas dañadas se encuentran, están destinadas a sanarse.
Cuando dos corazones laten al unísono, deben luchar por mantenerse a flote.
Cuando el viento habla el lenguaje de las armas, el amor puede ser la única salvación.

Conocer a Brianna es conocer a una mujer que lucha por sobrevivir a un pasado que la atormenta, a un fantasma que la persigue. Conocer a Brianna es ver a una mujer que pisa fuerte, que a pesar de las duras pruebas que tiene que pasar, es una fiera defendiendo lo suyo, a los que ama, sus valores y su corazón aunque lo tenga entregado. Es una mujer sin pelos en la lengua, que tiene un corazón irlandés que la hace brillar con un temperamento apasionado y que será imposible no adorarla.

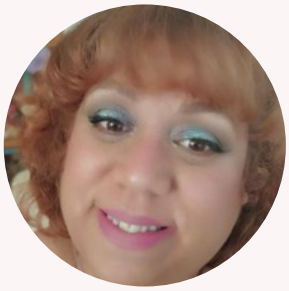
Junto a esta mujer viene Wyat, esta hombre atormentado, de sonrisa cínica y corazón roto. Un hombre que aparenta frialdad ahí donde el dolor se ha alojado pero que en realidad es más cálido que cualquier otro. Honorable, valeroso, de principios claro y noble de corazón, llegará a nosotros y os aseguro que va a conquistar a cualquiera con esa forma tan suya, con su brutal franqueza, con su apasionado cortejo y su dolor expuesto ante nosotros.

Decir que la pareja es una gozada sería hacer un pobre favor a esta obra. Nuestra pareja se va conquistando a fuego lento, mientras los vientos anuncian los cambios de una nación que llora por sus hijos que se preparan a luchar entre hermanos. Es aquí cuando además podremos conocer sombras que asechan cada una a su manera a estos dos protagonistas, y a un elenco al rededor de nuestros héroes que o bien te romperán el corazón o te conquistarán por completo, aunque no falta aquella presencia que se encargará de hacerse odiar.

Lo destacable de Vientos de Guerra, para todos los amantes del género, es que realmente por un momento pensé que podríamos encontrarnos con algo similar a la emblemática cinta Lo que el viento se llevo. Nada que ver. En esta obra, vamos a conocer personajes profundos que llevan su valija de dolor a cuestas, que tendrán que enfrentarse a sus fantasmas y a la vez luchar por sobrevivir a una guerra que se cobrara seres amados y reforzara a los demonios que los van persiguiendo. Esta obra no solo es una bella historia de amor que se cuece a fuego lento, es una obra que habla de la lucha por la libertad enarbolada por una sombra heroica que lucha por liberar a los oprimidos. Destacable es el juego del rol de la mujer ya sea como heroína o villana que me ha dejado encantada, por no hablar de esos ecos del pasado que guardan secretos y traen un tormento a los lectores que seremos testigos ansiosos por ver un final justo. No puedo decir más alabar más esta belleza, porque ya no encuentro palabras para decir que he quedado una vez más cautiva de una historia profunda, apasionante y liberadora.

Elena Garquin una vez más lo ha vuelto a hacer, me deja sin palabras, me conquista totalmente con su narrativa, con esta maravillosa obra que tiene de todo menos un momento de tranquilidad. ¡Totalmente recomendada! ¡Feliz lectura!

Gabriela Orendain
https://www.instagram.com/naitoramcline/
hhttp://locasdelromance.blogspot.com/



Con luz propia

LAURA M. NAVARRO

—¿No pretenderás que me enfunde en semejante trapo? —le recriminó Diane a su prima al tiempo que deambulaba por la boutique en busca del mejor traje para la gran noche.
—A mí me parece bonito… —murmuró con timidez Hope.
—Tú no tienes gusto para esto, querida. Déjame a mí.

Hope Seagur acababa de llegar a Nueva York desde su Filadelfia natal. Pertenecía a una familia modesta de clase media propietaria de una pequeña imprenta. Gracias a la ayuda que prestaba a su padre con los encargos había podido ahorrar algo de dinero y realizar su sueño: mudarse con su prima a la gran metrópolis y apoyarla en su deseo de convertirse en una afamada actriz de teatro.

Por su parte, Evangeline Smith, como le gustaba hacerse llamar a Diane, había viajado a Nueva York hacía ya cinco años casi sin equipaje, apenas con un par de vestidos, su mejor sombrero y un buen puñado de sueños. No podía poner un solo pie en la gran ciudad vistiendo como una pobretona chica de pueblo de modo que nada más llegar, entró en una de las boutiques que poblaban las calles de Nueva York e hizo la que había sido su mejor inversión de sus ahorros pues los vestidos que adquirió aquel día le hicieron seducir a un apuesto caballero que conoció un par de semanas más tarde y quién la introdujo en el mundo del espectáculo.

—Este… este el perfecto —dijo Diane mientras le mostraba el espectacular vestido.

Hope abrió los ojos como platos y sintió que la mandíbula se le desencajaba. Nunca había visto algo tan bonito. El brillante color rojo del raso, el amplio escote y las extravagantes plumas que adornaban de forma llamativa uno de los hombros la dejaron sin palabras.

—¿No crees que es demasiado… provocativo? —preguntó Hope con la timidez típica de una muchacha de pueblo que no ha visto demasiado impregnada en su voz.
—¿Provocativo? —Diane emitió una sonora carcajada—. Por supuesto que es provocativo, querida. Eso es exactamente lo que busco.

Hope la observaba absorta mientras la veía ajustarse el vestido a la cintura y se bajaba aún más el escote, dejando sus pechos bien expuestos.

—Querida, en esta ciudad si no destacas no eres nadie y yo voy a convertirme en la gran Evangeline Smith muy pronto. No tengo ninguna duda de que este vestido va a ayudarme a conseguirlo. Mañana, durante el baile en casa de los Riverside, el hijo mayor, William, no podrá apartar la mirada de mí, te lo aseguro.

Hope esbozó una ligera sonrisa que escondía una gran pena por no poder ser testigo de tal ilustre momento.

—Venga, espabila. Elije un vestido para ti también.
—¿Para mí? —la miró de hito en hito.
—Claro, ¿no pretenderás que acuda sola? Vamos, escoge uno bonito pero no demasiado caro. No puedo permitirme tanto gasto. Aún me queda elegir los zapatos y el tocado.

Hope no podía creer su suerte. Por fin iba a asistir a uno de los bailes con los que tanto soñaba desde niña.
Deambuló por la tienda durante unos minutos pero no sabía qué escoger entre tanta variedad de tules, gasas y rasos. Todos le parecían espectaculares, pero por desgracia no podía imaginarse dentro de ninguno.

—¿Todavía no has elegido ninguno? —le espetó Diane con exasperación—. Toma, este mismo. Pruébatelo, rápido.

Hope cogió el traje color azul celeste, se lo puso y nada más verse en el espejo puso un mohín de disgusto.

—No puedo ir a ese baile. Mírame, me sienta fatal. No luzco como tú. Apenas relleno el vestido y el escote no resalta mi pecho —se giró una y otra vez para verse en diferentes posiciones.
—No digas bobadas. Estás bien. Eres bonita y tienes una buena figura. Este vestido es más que suficiente. Quiero que me sirvas de acompañante no que llames la atención. Ya habrá otro momento para eso.
—Pero me hace un poco pálida… —no tuvo tiempo de seguir con la queja pues Diane ya estaba pagando los vestidos.

La fachada de la mansión de los Riverside era espectacular pero lo que Hope encontró al acceder a su interior le pareció aún más impresionante. La ostentosa ornamentación con estatuas de mármol y diversos adornos de pan de oro convertían el lugar en un museo más que en un hogar. Giró sobre sí misma para observar todo a su alrededor, con la boca abierta ante tanto lujo, hasta que sintió un suave codazo en las costillas.

—Deja ya de parecer una pueblerina —le susurró al oído con voz tensa—. Haz como si estuvieses acostumbrada a todo esto, por favor.

Hope dirigió la mirada hacia su vestido y se sintió muy pequeña entre aquellas personas que lucían sus mejores galas. Diane estaba en lo cierto, su vestido rojo la ayudaría a destacar en medio de tantas mujeres bellas y con trajes de ensueño. El suyo, por el contrario, parecía de peor calidad que los uniformes que llevaban las mujeres del servicio. Suspiró y se adentró en el gran salón del brazo de su prima, su querida Diane, la artista de la familia y quien se merecía toda la atención y el reconocimiento aquella noche.

Tras saludar a varios caballeros notó que su prima se tensaba. William Riverside caminaba muy despacio y con una media sonrisa en el rostro en dirección a ellas.

—Ya viene. Compórtate, por favor —le exigió.
—Buenas noches, señorita Smith —dijo y le besó la mano con cortesía.
—Buenas noches, señor Riverside. Encantada de verle —le respondió con la voz impregnada de seducción y una coqueta sonrisa.
—Está muy hermosa esta noche —Diane inclinó la cabeza hacia un lado mostrando su cuello.
—Gracias… usted también.
—¿Y quién esta preciosa señorita que le acompaña? —se giró hacia Hope y ella sintió que el suelo se movía a sus pies.
—La señorita Hope Seagur, mi prima —carraspeó molesta.
—Buenas noches, señorita Seagur —fijó la mirada en ella durante varios segundos.

Hope apenas pudo articular palabra y le tendió la mano para que se la besase. Él lo hizo al instante y sin que se lo esperase, le ofreció su brazo.

—¿Me haría el honor de ser mi acompañante en este baile, señorita Seagur?

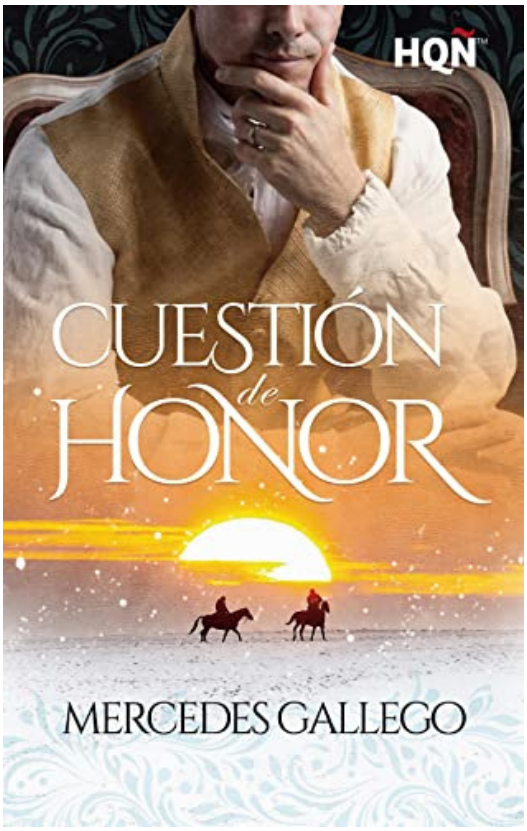
Hope se giró hacia su prima quien la fulminó con la mirada. Estuvo a punto de declinar la invitación pero había ido hasta Nueva York para soñar y estaba segura de que aquello no se volvería a repetir de modo que aun sabiendo que no era la mujer más hermosa de la noche, se recolocó el vestido, se estiró los guantes y con una sonrisa tímida en el rostro y las mejillas ligeramente sonrojadas se aferró al brazo de aquel apuesto caballero que había sabido ver en ella la belleza de su alma.

FIN

Nací en Madrid en 1977. Soy licenciada en Filología Inglesa y tengo una especialización en literatura norteamericana en prosa.
Leer me apasiona desde muy niña, siendo una ferviente admiradora de toda la obra teatral de Shakespeare y del teatro clásico en general. Sin embargo, no me lancé a escribir, quizás por timidez, hasta hace un par de años cuando me dejé llevar por las musas y di vida a los personajes de Les Parisiens.

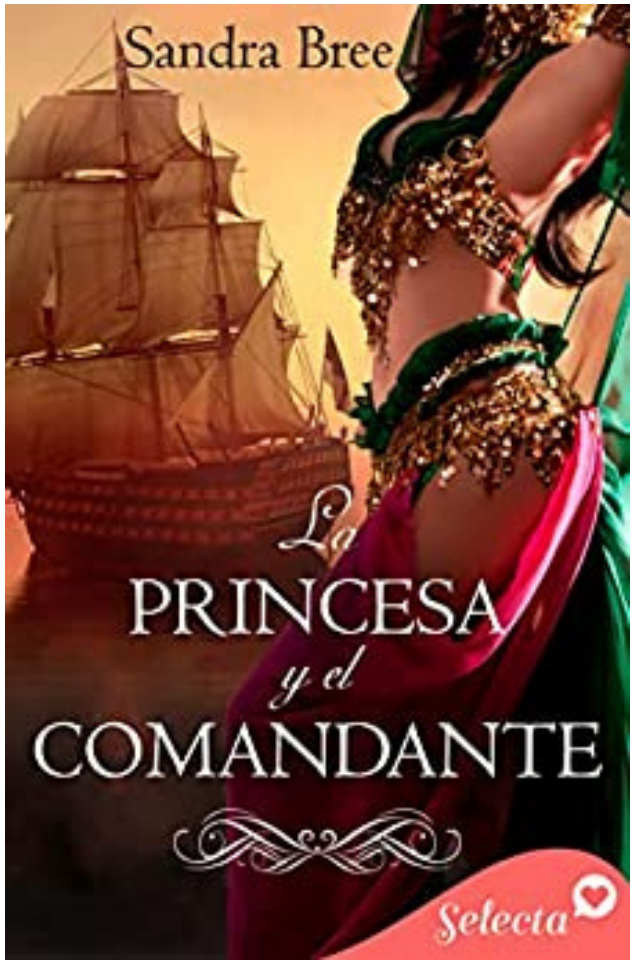
https://www.instagram.com/laura.m.navarro/

Novedades



Estaba huyendo acompañada de un desconocido que la atraía como un poderoso imán.
Tras la derrota definitiva de Napoleón, Ian Shulfort malvive en los peores antros de Londres, buscando la muerte que no encontró en las batallas donde tantos perecieron. El sentimiento de culpabilidad no le permite rehacer su vida ni ocupar un lugar en la sociedad por la que luchó. Sin embargo, el encuentro con lady Zoe Stendall, la hermana de su mejor amigo, Edward, le obligará a salir de su aislamiento.
Zoe necesita a Shulfort para que la proteja mientras huye de quien pretende conseguir su título y su dote. Juntos cabalgarán hacia el norte y, en ese camino, ambos descubrirán secretos que ocultan y se sentirán atrapados por una pasión imprevista contra la que tendrán que luchar.
Una huida llena de recuerdos y esperanzas, donde es imposible ignorar los sentimientos.

Ella no confiaba en las promesas. Él estaba dispuesto a cumplir la suya. Cuando el corazón se pone en juego, el amor tiene la última palabra.
Millicent Lowells ha conseguido en parte su sueño: trabajar en el periódico *Herald Boston.* Sin embargo, escribir sobre moda o los cotilleos sociales no es exactamente lo que desea. Ante su terca insistencia, su jefe la envía a cubrir la noticia de los extraños asesinatos acaecidos en Nueva Orleans. Decidida a demostrar su valía como mujer y como periodista, estará dispuesta a correr cualquier riesgo. Pero ¿y si lo que arriesga es el corazón? Porque el apuesto e irritante caballero inglés que la acompaña no se lo pondrá fácil.
Lord Phillip Ashton Melham le hizo una promesa a la señorita Lowells el día de su presentación en sociedad. Cuatro años después intentará cumplirla; sin embargo, se verá embarcado en una aventura cuyo mayor peligro lo supondrá la dama y el intenso deseo que despierta en él. A pesar de sus desavenencias, ambos tendrán que unir sus esfuerzos para no caer en manos de una peligrosa organización criminal. Juntos descubrirán que en el corazón se ocultan los mayores secretos y florecen las promesas más dulces.



¿Podrá el cariño de Jade curar la sed de venganza de Diego? Jade, nacida del sultán y de una esclava inglesa, vive en el palacio de su padre alejada de los privilegios de su nacimiento, ejerciendo de acompañante de la hija favorita del emperador, Corinna, quien siempre la trató como a una hermana. Al llegar a las prisiones del alcázar una joven española que ha sido comprada, se compadece de ella y la cuida, ganándose el odio de su tía, la hermana del emperador turco. Cuando en una escapada secreta de su hermana para ver a su amado, son secuestradas, Jade se hace pasar por la princesa y es llevada al galeón de un español que ha llegado a Turquía con sed de venganza y no dudará en utilizar a Jade para conseguirla.Para Diego Salazar ha llegado la hora de casarse con su prometida y embarcarse en la Gran Armada, pero el secuestro de su joven hermana por los otomanos acelera su salida de España como capitán del Destructor Azul bajo bandera pirata para arribar cuanto antes a costas turcas. Allí, secuestra a la hija del sultán para proponer un intercambio. Pero, durante los días que la tiene en su nave, descubre a una mujer muy diferente a la que esperaba; hermosa y amable, hace que su odio se tambalee y que dese que las cosas fueran de otro modo, en especial cuando la pasión se desborda entre ellos. ¿Qué es más fuerte, el odio a los enemigos o el amor verdadero?

Adrien es un divertido, apuesto y codiciado soltero de oro que viaja a Nueva York en busca de nuevas aventuras.
Annette siempre ha creído en amores novelescos, pero su vida da un vuelco y su mundo se rompe en pedazos.
Dos amigos y una decisión inesperada que pondrá a prueba su lealtad, su confianza e incluso sus sentimientos.
Dulzura, pasión y sorpresas. Una fascinante historia que te devolverá la fe en el amor.

© Olivia Ness

3 de noviembre de 2022

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de Olivia Ness o los autores del contenido. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.